

tan grueso como el de una palma colosal, y hace esfuerzos inauditos por herirlo. ¡Imposible! Las aceradas escamas que le cubren y defienden son impenetrables como la concha de las tortugas del Jawkior.

Ya el reptil, aprisionándole entre sus anillos de bronce, lo estrecha y comienza á ahogarle; ya el puñal se ha escapado de sus manos desfallecidas, y el velo de la muerte se extiende ante sus ojos, cuando una flecha, disparada de las nubes, baja silbando y traspasa los de la serpiente.

Un furor terrible se apodera de ésta, que, desasiéndose del ya casi inanimado cuerpo de Pulo, busca á ciegas á su celeste enemigo.

La punta de diamante de una segunda flecha pone fin á su agonía con la muerte.

El caudillo, recobrado de su estupor, puede entonces contemplar, no sin sentirse sobrecogido de una emoción profunda de gratitud y de respeto, al que es deudor de la vida.

Vichenú, cubiertas las espaldas con un manto de pieles, el arco tendido aún, y el carcax de las flechas de diamante sobre el hombro, está á su lado de pie; la frente del dios toca á las nubes, y su sombra es inmensa como la que arroja el Himalaya sobre las llanuras al ocultarse el Sol en los confines del Océano.

En aquel punto el sueño tiende las alas y abandona al príncipe; éste, convulso y pálido aún, despierta de su pesadilla, busca á su esposa, en cuyo seno se había dormido, y no la encuentra.

El Sol, recostado en un lecho de púrpura y de oro, como un radjá en su alfombra de colores, lanza á la Tierra el último rayo de sus entreabiertos ojos. La naturaleza comienza á despertarse de su sueño del medio día. Las brisas de la tarde, impregnadas en murmullos y perfumes, juguetean con el cáliz de las flores, que se abren á sus besos. Las aguas del Ganges, copiando en sus linfas transparentes la vigorosa vegetación de sus riberas, alzan un himno melancólico, al que se unen las aladas y suaves notas de los pájaros, que despiden al día con un dulcísimo y triste adiós.

—Siannah,—dice el caudillo, con voz ahogada por el llanto;—Siannah, esposa mía; ¿donde estás, que no me oyes? Siannah, inseparable compañera de mi dolor y mi infortunio; ¿quién te arrancó de mi lado para robarme la única felicidad que me restaba en la Tierra? ¡Oh! Vuelve, vuelve, hermosa mía: sin tí, mi vida será una una noche sin aurora, un llanto sin lágrimas.

Sólo el eco responde al enamorado Pulo, que, presa de un loco frenesí, corre de nuevo á las orillas del Ganges, busca en la arena la huella de su esposa, y vuelve

á llamarla por su nombre cien y cien veces: todo es inútil. La noche borra del cielo los colores; y las nubes, las estrellas, mudos testigos de los pesares y la felicidad de los amantes, aparecen unos tras otros, rodeados de un ligero cendal de bruma, y Siannah no parece.

El príncipe cazador, después de un año de peregrinación, llega al fin al término señalado por el genio. Éste, durante las jornadas, fijó los ojos sobre su protegido, ha velado día y noche por su vida, hasta dejarle en Cutac.

La aurora rasga el velo de la noche; de sus trenzas de oro se desprende el rocío, en una lluvia de perlas, sobre las colinas y las llanuras; los horizontes del mar se encienden, y las crestas de sus olas brillan como las escamas de la armadura de un guerrero en un día de combate; de las flores húmedas aún con las lágrimas del crepúsculo, se eleva al cielo una columna de aromas en emanaciones; perfumadas emanaciones que los genios, cruzando sobre las nubes celestes y ambarinas, recogen con las matinales plegarias de los Bracmines, para depositarlas á los pies de Bermach, autor de la maravillosa máquina de los mundos.

Después de trepar por espacio de una hora, asiéndose á los arbustos y malezas que crecen en las aberturas de las peñas, el príncipe consigue, al fin, encontrarse en la cumbre del promontorio.

En una de las rocas de granito que coronan su cuspide, hay una hendidura, y en el fondo de ésta le parece distinguir las formas confusas de un ave, que fija en los suyos dos ojos, que brillan en la oscuridad con una luz fantástica.

—Ave de los dioses,—prorrumpo Pulo, cayendo de rodillas ante el aéreo nido del cuervo de la cabeza blanca;—ave misteriosa, bajo cuyo negro plumaje vivió por el espacio de tres siglos el poderoso Vichenú, logrando con este ardid evitar la muerte que el dios de la destrucción le aprestaba; héme aquí esperando tus palabras, como los tulipanes, agostados por el fuego del día, esperan las gotas de rocío de la noche.

El cuervo, abandonando su guarida, se abate sobre una de las enhiestas rocas, y después de agitar las alas por tres veces, dice así al caudillo, que le escucha en silencio y con la frente humillada en el polvo:

—Señor de Osiria, poderoso descendiente de los Dhe-li, conquistadores de la India, y protegidos de Vichenú; sé lo que vienes á preguntarme; así, es inútil que me lo refieras. El templo que buscas se halla lejos de este lugar; sigue mis pasos, y te mostraré el sitio en que se empezarán las excavaciones.



¡ HOSTIGADOS POR EL HAMBRE ! POR J. PAHISA

Imprenta de Giró

PAHISA